

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'05 cts.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre—La correspondencia al Administrador

LA MEDICINA y los problemas sociales

El de la tuberculosis

No puedo precisar con seguridad cuál de los dos fué (Prust ó Levy) el que dijo: «Dadme una gran ciudad con su depravada higiene, y os daré un plantel de tuberculosos»; pero si estoy bien seguro de que Levy dijo que la higiene es la clínica del hombre sano, y Prust la llamó ciencia del progreso.

Los médicos que al estudio y difusión de la higiene dedicamos todas nuestras actividades, vemos con profundo sentimiento, como se derrochan las energías y el talento de nuestros legisladores en una labor estéril; obsesionados por las modernas teorías de la infección y del contagio, hemos puesto todo nuestro empeño en destruir el agente infeccioso, el terrible bacilo de Koch, que resultará completamente inofensivo el día en que sepamos hacerlos invulnerables; persiguiendo al microbio nos hemos alejado del enfermo, en vez de ponerle en condiciones para que utilice, aumentándolas en lo posible, las naturales defensas orgánicas; y tratamos de proveerle de «armas» ofensivas que son ineficaces ante la superioridad numérica, abrumadora del enemigo.

Sírvase de ejemplo lo ocurrido con nuestras cepas agotadas por una continua reproducción (antinatural) por sermientes, fueran debilitándose á través de años y siglos, hasta que en degeneración las hizo víctimas de parásitos vegetales, como el eídium y el mildew, ó animales, como la flojera, que ha devastado nuestro país, produciendo en gran parte la miseria nacional.

Contra estas plagas se emprendió una activa campaña tan errónea é infructuosa como la que (salvo muy contadas y honrosas excepciones) se viene haciendo contra la tuberculosis; inyectar en las tierras sulfocarbonatos, azufre y sulfatar las viñas hasta donde era posible etc. etc.

Sucedió lo que debía suceder, «On vísse le microbe d'est le malade qu'on tue.» «Se apunta al microbio y es al enfermo á quien se mata.» Las viñas sulfatadas resultaron cuanto las fué posible á las acciones perjudiciales combinadas de la flojera y el sulfato de cobre, acabando por acumular definitivamente.

Convencidos nuestros agricultores de la inutilidad de sus esfuerzos contra el que podemos llamar microbio de la cepa, se orientaron hacia al

verdad emprendiendo el camino de la regeneración de la planta, é imperaron, sobre las viejas sales floxeradas, la vid americana que, conservando toda la energía de la semilla primitiva, de la vid salvaje no desnaturalizada pudo desarrollarse indiferente é invulnerable á los ataques del parasitismo.

El ser humano se encuentra en el mismo caso de nuestras viejas y floxeradas cepas: agotadas y en plena decadencia sus energías físicas por la falta de higiene de que vienen siendo víctimas desde hace siglos nuestras grandes urbes, hemos recibido la menguada herencia de nuestra escasa vitalidad, y de tal modo nos hemos resignado á nuestra pobreza física, que circulan entre nosotros, como artículos de fe refranes tan absurdos como el siguiente: «La higiene no se ha hecho para los pobres.»

Para quienes no se ha hecho ni se hará nunca la higiene, es para los necios y para los ignorantes; para los que creen que la «higiene» es elónimo de «confort», y que ésta consiste en comer mucho y bien, es decir; platos «suculentos» sabiamente «condimentados», vinos generosos, etc., etc.; y en cuanto á la casa, buena calefacción, mullidas alfombras, adredonas y pías, sin olvidar las dobles ventanas ó los bariles por aquello de que: «El aire de Madrid no apaga una vela y mata un hombre.»

¿Qué higiene queréis que tenga una generación como la nuestra, en cuyos senos cerebrales se conservan tantas ideas fósiles?

¿De qué nos sirve á los médicos agotar nuestra paciencia, tratando de hacer comprender á estas pobres gentes que el aire de Madrid no encierra en sí ningún elemento mortífero ni es responsable de las pulmonías que se le atribuyen?

La Naturaleza no trata como á hijos á los que de ella se alejan considerándolos como á madrastra irascible, resultando de este alejamiento y del empeño que ponéis en sustraernos á la acción (siempre benéfica) de los agentes naturales, que «una simple refrigeración» es para vosotros «enfriamiento» de fatales consecuencias, y la sana refocilación con que el campesino repone sus fuerzas es causa de una digestión laboriosa que atribuis á «pesadez de los alimentos».

El concepto que se tiene de la tuberculosis es completamente falso, y en él se basa la terapéutica quimérica de las medicaciones antibacilares, y el afán con que algunos médicos combaten los síntomas, fiebres, inapetencia, sudores, diarreas, fatiga, et-

cétera, etc., convencidos de que, no pudiendo poner al enfermo «puñones nuevos», nada se conseguirá, si tiene razón, á fé mía.

El pulmón, como los demás órganos de la economía, no puede hacerse pero puede «rechazarse» en su función y reintegrarse sustancialmente en las partes todavía no destruidas y las partes destruidas pueden ser compensadas funcionalmente por las partes que permanecen sanas, ¡qué sería de nosotros, si en la Naturaleza no existiesen las leyes de la compensación, la suplicia y la substitución!

JUAN LOPEZ DE REGO.

ALARMA

Esta madrugada se produjo gran alarma entre los vecinos de la calle de la Cruz por haber oído un fuerte ruido sin saber de dónde procedía.

Más tarde pudieron notar que la causa fué el derrumbamiento de una vieja casa situada al final de dicha calle.

Los serenos y vigilantes acudieron á presenciar el espectáculo.

Y apropiado de este suceso nos permitimos recordar á nuestra primera autoridad que como la casa derrumbada hoy, hay muchas desgraciadamente en Cartagena y que como aquélla puede ocasionar grandes sustos á los que vivan pacíficamente cerca de ellas, y menos mal si como en la de hoy no tenemos que lamentar desgracias porque pudiera darse el caso contrario.

ENJAMBRE

Es la guitarra, colmena donde un enjambre se agita, y abaja susurradora es cada nota que vibra. Como en los largos alambres se paran las golondrinas, en cada cuerda se esconden miles de notas dormidas, y para hacerlas que vuelen de las melódicas fibras, es necesaria la mano que las ordena y combina. De esa sonora colmena en la caja sugestiva, las abejas son recuerdos, esperanzas y alegrías. El alma entera de España está en la caja melódica, y habla con notas de llanto ó habla con notas de risa. Las coplas son los panales que sentinientó destilan

lentos de amor unas veces, y otras llenos de perfidia. Esa colmena, en su forma, un pecho sonoro imita, y en ese pecho se esconde la musa de Andalucía. Es pequeña y graciosa y está de notas vestida que cuelgan de sus volantes, de su pelo y su mantilla. Cual un duende misterioso el musical seno habita, y duerme, como en hamaca, sobre las cuerdas tendidas. Cuando el tocador punea tercera, segunda y prima, y los rotundos bordones rumboso estremece y vibra, la microscópica musa el enjambre arremolina, y teje con las abejas mil encajes de armonías.

¡Enjambre, divino enjambre, dulce colmena morisca; ¡tálabras para una raza la miel de la poesía!

Salvador Rueda.

La próxima novillada

Hoy han llegado los toros que han de lidiarse en nuestra plaza el próximo día 15 cuyos pelos y señales son los siguientes:

- «Calderero» n.º 33, jabonero.
- «Jaquetón» n.º 18, cárdeno nevado istón.
- «Piatrero» n.º 30, negro y cornalón.
- «Sargento» n.º 38, negro.
- «Confitero» n.º 2 cárdeno, meano.
- «Cocinero» n.º 15, negro.

Los toros pertenecen á la ganadería de D. Antonio Arribas del Colmenar Viejo.

La animación que existe entre los aficionados para esta corrida es muy grande, especialmente por ver la faena del nuevo diestro en esta plaza «T-bernerito» que viene precedido de gran fama.

Los efectos de la nicotina

Un sabio, M. Jębrewski ha hecho una serie de experimentos de inyección de nicotina á ciertos animales, para comprobar su influencia nociva sobre el organismo. Otro sabio, el capitán Sazerac, ha hecho más: ha demostrado que hay animales que pueden fumar un cigarrillo entero y aún un cigarro puro.

Este capitán, cuyas investigaciones, en diversas ramas de la ciencia son notabilísimas, tomó una peque-

ña rana y le introdujo en la boca un cigarrillo encendido.

La rana juntó los labios y se echó á fumar con igual ardor. En pocos instantes el cigarrillo quedó hecho ceniza, pero el animalito presentaba un aspecto aterrador; los ojos se saltaban de las órbitas y, en fin, después de fuertes espasmos, la rana cayó muerta.

El experimento, repetido con otros batracios, dió igual resultado; un sapo llegó á fumar entero un cigarro puro, hecho lo cual murió.

Este fenómeno curiosísimo se ha explicado científicamente así en virtud de un instinto especial, estos animales, cuando un cuerpo, sea el que fuere, se les introduce en la boca no saben decidirse á soltarlo. De ahí que al ponerse el cigarrillo entre los labios, como de todas suertes han de respirar, aspirando y aspirando acaban por consumirlo, pegando así cara su testarudez.

Tal es la demostración científica de lo nocivo que resulta el fumar para ciertos animales, según nos cuenta su luminoso informe, el susodicho capitán.

Yo no sé hasta qué punto se ha hecho el sabio acreedor á nuestro agradecimiento. Sin duda alguna hay un poquito de ironía en estos experimentos del capitán. El viene á decirnos diplomáticamente que los hombres, en eso de no soltar una «breva» cuando la tenemos, entre los labios, somos iguales que las ranas y que los sapos; pero con perdón del capitán, ranas ó no, los hombres solemos morir chapucando una buena «breva».

Si el capitán se viera por aquí y observara lo bien que les sientan á nuestros hombres públicos estas «brevas» que no son precisamente de tabaco, seguramente haría descubrimientos más curiosos en orden á demostrar que no somos tan ranas como él pretende.—X.

Sesión municipal

La sesión de ayer fué presidida por el Sr. Carrión y asistieron á ella los concejales señores Oliva, Espín, L. Monrea, Hernández, Sánchez Domenech, Moncada, Jorquera (padre é hijo), Balibrea, Piñero, Madrid, Bonmatí, Sánchez de las Matas, Anaya y Marín.

Se lee y aprueba el acta de la anterior.

El Secretario da lectura á una carta del abogado D. José María de Porras, agradeciendo la forma delicada con que le ha tratado la corporación y manifestando que toda vez que el

Alcalde no quiso fijar los honorarios como él le propuso y teniendo en cuenta la importancia del trabajo realizado para la emisión del dictamen, juzga bastante una rebaja de 750 pesetas, en la suma fijada anteriormente.

El Sr. Carrión dice que este es el resultado de las gestiones que le encomendó el Ayuntamiento.

Pide la palabra el Sr. Bonmatí, proponiendo se realicen nuevas gestiones cerca del Sr. Porras para conseguir alguna otra rebaja.

El Sr. Espín manifiesta que esto sería depresivo para el letrado autor del dictamen.

Intervienen el Sr. Carrión para hacer algunas aclaraciones y después de insistir el Sr. Bonmatí en su proposición, se acuerda con arreglo á lo por éste propuesto.

Pasa á la comisión correspondiente una instancia suscrita por doña Dolores Manzanares, viuda del practicante que fué de este Ayuntamiento, solicitando pensión.

Se da lectura á un dictamen de la comisión de Hacienda proponiendo se rebaje á 395 pesetas, la cantidad que solicitaba D. José Rodríguez por el alquiler de una casa, habilitada para colegio electoral, en las tres elecciones últimas.

Apruébase de conformidad y el mismo acuerdo recae en otro dictamen de la misma comisión señalando 5 pesetas mensuales á doña Antonina Bobadilla como arbitrio por el kiosko que tiene establecido en Santa Lucía.

Leído un dictamen de la comisión de hacienda, señalando 5 pesetas por anuncio y día á los señores Murzo y Compañía, por cada uno de los que establezcan en las calles de nuestra ciudad, el Sr. Carrión explica que hay una confusión, pues esa cantidad no se cobrará por anuncio y día, sino por cada anuncio sin reproducción.

Se aprueba, en la forma expuesta.

El Secretario lee otro dictamen de la repetida comisión de hacienda desechando la petición de la sociedad de agricultores de las huertas de esta ciudad, que solicitaban no se les cobrara el arbitrio municipal á los carros dedicados al transporte de basuras.

Habla sobre el asunto el Sr. Espín apoyando la petición de los agricultores.

Dice que en ninguna ciudad de España se les cobra á esos carros otro arbitrio que el especial impuesto á los que transportan basuras (El Sr. Carrión pasa á ocupar un puesto en los escaños).

Permanecí algunos instantes anonadado, apoyándome contra la puerta. Ruperto gritaba: —¡Ea, venid! ¡Aquí está el puente! ¡A no ser que Miguel el negro os lo prohíba, pero! ¡Ven á batirle Miguel!

Entreabrí la puerta y miré.

Por mi parte le apunté también. Pero no hizo una cosa ni otra. Sin que Antonieta ni yo pudiéramos impedirlo, apoyó la mano sobre la barandilla y saltó al foso.

En aquel mismo instante ó pasos precipitados y la voz de Sartó que decía: «¡Dios eterno, es el duque! ¡Muerto! Comprendí entonces que el rey no me necesitaba ya, y arrojando al suelo mi revólver corrí hacia el puente. Oí gritos de sorpresa: «¡El rey, el rey». Pero imitando á Ruperto Henzar salté al foso, espada en mano, resuelto á terminar de una vez mi contienda con él. A quince varas de distancia, sobre el agua, veía su rizada cabeza.

Nadaba rápidamente y sin esfuerzo, al paso que yo, cansado y resentido de mi herida, no podría alcanzarle. Al verle doblar el ángulo del castillo le grité:

—¡Alto!

Dirigió una mirada atrás, pero siguió nadando. Comprendí que buscaba lugar favorable para tomar tierra. Mientras él exploraba el terreno me acerqué bastante, pero de pronto le oí lanzar una exclamación de alegría y comprendí que había descubierto la cuerda.

Empezó á subir por ella y tan cerca estaba yo, que le oí murmurar: «¿Cómo demonios ¡ha venido esto aquí!» Llegó á la cuerda y él me vió.

—¿Quién va?—preguntó sobresaltado.

en mayor aprieto, se incorporó el rey de un salto, y asiendo una silla, que á duras penas pudo levantar del suelo, se acercó á nosotros. Era un auxilio inesperado.

—¡Adelante!—le grité.

Dechard me dirigió una estocada furiosa, que apenas pude parar.

—¡Adelante!—volví á gritar al rey.—Pronto, pronto!

El rey lanzó una carcajada y adelantó de nuevo empujando la silla.

Dechard, blasfemando, saltó hacia atrás, y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que iba á hacer, dirigió su arma contra el rey, que cayó lanzando un doloroso gemitó: El ágil espadachín me hizo frente otra vez, pero al volverse reabrió en el charco de sangre inmediato al cadáver del médico, y cayó al suelo. Me lancé sobre él con la rapidez del rayo y lo atravesé de parte á parte. El miserable cayó sobre el cuerpo de su víctima, lanzando una maldición.

¿Había muerto el rey? Corrí á su lado. Tenía una enorme herida en la frente y permanecía inmóvil, tendido en el suelo. Me arrodillé y apliqué el oído á su pecho; pero antes de que pudiera cerciorarme de su muerte, oí el chirrido de las cadenas